

## *Mi sueño, vivir en el pueblo.*

**Jara Camarasa**

Colegio Antonio Machado, de Zaragoza.

Cuando bajé del coche noté la naturaleza introducirse en mí, llenando todo mi ser de una placentera tranquilidad. Haberme alejado de la ciudad para pasar cuatro días en mi pueblo era un alivio. Crucé la esquina de la calle y pude ver a la mayoría de los habitantes del pueblo saliendo de la iglesia. La misa acababa de terminar. Me acerqué y pude ver a mi mejor amiga, Marta, hablando con un chico al que yo no conocía. Cuando se dio la vuelta y me vio, corrió hacia mí y me apretó entre sus brazos.

- ¡Luis! ¡Qué alegría que hayas venido! ¿Cuántos días te vas a quedar?, me dijo después de soltarme.

- Tristemente cuatro. Pero si en mi mano estuviera, me quedaría dos meses por lo menos, le respondí yo.

El chico que estaba detrás de Marta carraspeó para llamar su atención. Ella le dirigió una breve mirada y luego se volvió hacia mí y me dijo:

- Luis, te presento a Javier. Se acaba de mudar aquí. Justo ahora le estaba hablando de ti y de que ya era hora de que volvieras.

- Encantado, Luis, me dijo Javier estirando la mano para que se la estrechara.

- Encantado, le dije yo estrechándosela. Parecía ser un chico tímido y callado.

- ¿Por qué has decidido mudarte aquí, a un pueblo en medio de la nada?, le pregunté.

- Mis padres estaban cansados de la ciudad, el ruido, la contaminación, que todo estuviera lleno de gente...Ya sabes, esas cosas.

- Seguro que tus padres están muy satisfechos de su decisión, ¿a qué sí?, dijo Marta interviniendo en nuestra conversación. Ella se había criado y había crecido allí, en el pueblo y no soportaba ir a la ciudad, ni siquiera escuchar a alguien hablar de ella.

- Sí, la verdad, y yo también, aquí no hay ruido alguno excepto el ladrido de los perros y la naturaleza reina en todas partes. Además, en tres días ya conozco a todo el mundo, respondió riéndose.

- ¡Eh!, gritó Marta, ¡Luis ha vuelto!, ¡Luis está aquí!

Todo el mundo se acercó a saludarme y, cuando ya no quedaba nadie en la plaza, me fui a la casa de mi abuela para saludarla. Cuando entré, el olor de su fabada tradicional llegó a mi nariz. Entré a la cocina y allí me la encontré, dándole vueltas a las judías que estaban en el interior de la cacerola.

- ¡Hola abu!, la saludé, y ella al darse la vuelta, me miró como si hubieran pasado años desde nuestro último encuentro.

- ¡Oh, mi Luisito! ¡Qué alegría verte otra vez por esta casa! Ven, dame un abrazo- me dijo abriendo sus brazos para darme un abrazo que yo no rechacé.

- ¿Dónde están mamá y papá?, le pregunté después del achuchón.

- Tu madre ha ido a comprar el pan. Y tu padre está arriba, ordenando todo. Anda, ¿por qué no te llevas un ratito a pasear por el campo a Miki? Que tiene ganas de verte, me pidió ella.

- Vale, adiós abuela. Y, tras decir esto, salí corriendo de la casa y fui a encontrarme con Miki, el precioso galgo de ojos azules de mi abuela, el perro que, para mí, era como la mascota que nunca tuve. Cuando me vio, saltó sobre mí y casi me tira al suelo.

- Vale Miki, vale, le dije. Yo también me alegro mucho de verte.

Me levanté y lo miré, estaba más mayor que la última vez y le habían empezado a salir canas, pero la alegría todavía la conservaba, sin duda alguna.

- Venga, le dije acariciándolo. Vámonos al campo a pasear. Y me fui en dirección a las afueras del pueblo, con el perro siguiéndome los talones.

Cuando llegamos, Miki echó a correr persiguiendo unas mariposas, y yo me senté en el suelo, cerré los ojos, y dirigí mi rostro hacia el Sol para que los rayos me dieran en la cara.

Entonces, de repente, en medio de aquel campo, de aquel silencio, aquella naturaleza y ese oxígeno puro, me di cuenta de una cosa: quería vivir allí, en el pueblo. Es el único sitio donde tengo muchísimos amigos, donde puedo leer sin distraerme, donde estoy realmente feliz.

Decidido, se lo iba a decir a mis padres esa misma noche, en la cena. Me levanté y llamé a Miki con un silbido. Cuando llegó conmigo, le acaricié y le dije:

- Vámonos a casa.

Entonces, me di la vuelta y volví por el camino por el que había llegado con Miki siguiéndome. Al llegar a casa, ya eran las ocho y mi madre me sugirió:

- ¿Por qué no te das una ducha hijo? Vamos a cenar en una hora.

Me duché y me puse unos pantalones y la camiseta del pijama con una chaqueta vaquera. Salí de mi casa y me dirigí hacia la de mi abuela, que estaba en frente de la mía. Al llegar, me llevé una gran sorpresa: mis tíos y mi prima pequeña estaban allí. Se me había olvidado por completo ir a saludarlos.

- ¡Cuánto tiempo Luis!, me saludo mi tía. ¿Qué tal por la ciudad?

- Bien, supongo, le respondí. Después, fui hacia Laura, mi prima y la abracé.

- Te echaba de menos, tato, me dijo

De repente, mi madre irrumpió en la habitación con una cacerola llena de sopa en la mano gritando:

- ¡Todos a cenar!

- ¿No había fabada?, le pregunté extrañado

- Ya sabes que por la noche sienta mal, y si nos atufas la casa con tus pedos después no podremos dormir, dijo entre risas. Mañana para comer sí que habrá, tranquilo. Bueno venga, todos a la mesa.

Cuando estuvimos todos sentados en la mesa, mi abuela y mi padre echaron la sopa en los platos y cuando terminaron, se sentaron junto a nosotros. Fue una cena muy agradable, llena de bromas, buenas noticias y felicidad y risas. Cuando ayudé a mi madre a sacar los postres y me volví a sentar en la mesa, ya tenía claro cómo les iba a decir a mis padres mi petición, así que, con miedo de que mi propuesta fuera rechazada, la lancé muy directa:

- Ejem, mamá... papá, tengo que preguntaros una cosa, sé que para vosotros puede suponer una gran dificultad, pero necesito preguntároslo ya o si no, no dormiré. ¿Podemos... ejem... podemos... mudarnos al pueblo?

Levanté la cabeza para ver sus reacciones y me encontré con que a mi madre se le había caído la cuchara con un trozo de crema catalana en su interior; a mi padre muy serio, a mis tíos aguantándose la risa, y a mi abuela y mi prima radiantes de felicidad. Cuando fue capaz de hablar, mi madre dijo:

- Cariño, sabemos que estás muy bien aquí. Pero, ¿y el instituto?, ¿nuestros trabajos?, ¿la casa?

- Tenemos una casa aquí, le dije, para que eliminara ese punto de la lista de inconvenientes.

- El colegio del pueblo es público, intentó ayudar mi abuela.

- Y podéis trabajar en la granja de mis padres, añadió mi prima uniéndose a mí.

Mi madre miró a mi tía a ver que le decía, y ésta asintió.

- Sí, necesitamos a unos cuantos agricultores más, y tú sabes bastante de eso Marco, añadió dirigiéndose a mi padre.

- Bueno, ya hablaremos. Ahora es muy tarde, vamos ya a dormir, respondió él. Ve yendo tú hijo, que tenemos que tomar café los mayores.

- Yo también voy a llevarme a Laura a dormir ya, dijo mi tía levantándose. Venga chicos, vamos.

Yo también me levanté y salí fuera de la casa de mi abuela con mi tía y Laura. Una vez allí, me despedí de ellas con un abrazo y me fui a casa. Cuando llegué, me puse el pijama completo y me metí en la cama. Estuve veinte minutos dando vueltas, pensando en lo perfecto que sería vivir allí, podría ir al colegio con Marta y todos los fines de semana iríamos a hacer actividades en contacto con la naturaleza. Además, podría utilizar muchísimo más la bicicleta, mi pasatiempo favorito, y estar más tiempo con mi abuela, mis tíos, mi prima... De esta manera, con esos pensamientos en mente, finalmente me dormí.

Al día siguiente, quedé con Marta en el bar del pueblo para contarle lo sucedido.

- Ojalá que te dejen mudarte. ¡Sería súper guay!, dijo ella cuando terminé de relatarle los acontecimientos.

- Ya, ojalá, le respondí yo.

- Yo voy a ayudarte a toda costa... Empezó, pero se calló rápidamente y se quedó mirando más allá de mi hombro

- ¿Qué pasa?, le pregunté dándome la vuelta. Y, entonces, lo vi. Era mi padre, que se dirigía con gesto seguro hacia el bar. Entró y vino directo hacía mí.

- Dime las razones por las que quieres mudarte aquí y lo hablaré más a fondo con tu madre.

Tragué saliva, el mudarme allí dependía de lo que dijera yo en aquel momento. Miré a Marta y esta me devolvió una mirada nerviosa. En ese momento, nadie podía ayudarme, sólo yo podía convencerle, sólo yo.

- De acuerdo, empecé. Primero, aquí tengo a la mayoría de mis amigos y se llega en cinco minutos a todos sitios. Aquí, me pongo enfermo muchas menos veces debido a que no hay fábricas que están todos los días expulsando humo que llega hasta mi habitación. Podría ir a hacer un montón de actividades naturales y haría mucho más ejercicio que en las clases de gimnasia. Eso era un punto a favor ya que mi padre siempre se quejaba de que no hacíamos nada en las clases de educación física. Además, aquí también tenemos a la abuela y a los tíos y podríamos cenar juntos todas las noches. Es un entorno muy familiar. También, hay mucha menos gente que en la ciudad y no tendríais que estar preocupados por mí cada vez que salga de casa, porque me conozco hasta los más escondidos rincones de este lugar. Y, todo es mucho más tranquilo, sin coches, sin pitidos...

- ¿Ya está?, me preguntó mi padre cuando terminé.

- Sí, le respondí yo. Entonces, mi padre se fue. Yo tenía lágrimas en los ojos y cuando Marta lo notó me abrazó y me susurro al oído:

- Ya verás cómo lo consigues. Estoy segurísima de que le has convencido. Había sido tan frío conmigo, que no estaba muy seguro de haberlo hecho.

- Sí, seguro, le respondí para que no se preocupara más.

El resto del día transcurrió tranquilo, hice un picnic en el campo con Marta, Javier y otros amigos más, después fui a dar un paseo a solas con Miki y, finalmente, llegó la noche y tuve que

ir a casa a cenar. Fue bastante callada, hasta que, cuando me iba a levantar para irme a mi cuarto, mi padre rompió el hielo.

- Bueno, Luis, ya hemos decidido qué vamos a hacer, dijo. Yo me quedé muy tenso y con la cabeza gacha.

- Tu padre y yo hemos estado hablando, empezó mi madre, y hemos decidido que tienes razón respecto a todo lo que le has contado a papá y vamos a mudarnos a aquí.

No me lo podía creer, ¿lo había conseguido?, ¿seguro que no me lo había imaginado?

Levanté la cabeza para asegurarme. No, no me lo había imaginado. Allí estaban mis padres sonriéndome.

- ¿De veras?, les pregunté.

- Sí cariño, nos has convencido, me respondió mi padre. Pero, queremos que sepas, que va a ser un cambio muy difícil y que tendrás que esforzarte al máximo en el colegio y ayudarnos en la granja de los tíos. ¿Entendido?

- Entendido, dije yo entusiasmado. ¡Lo había conseguido!

- Puedes irte a avisar a los tíos y a la abuela, me dijo mi madre. Después de escuchar eso, me levanté y fui corriendo a casa de mi abuela para avisarle. Golpeé la puerta y cuando la abrí, lo dije conteniéndome para no gritar:

- ¡Abuela! ¡Lo he conseguido! ¡Nos vamos a mudar a aquí!

- ¡Ayy, mi nietecico! Ven, vamos a avisar a tus tíos, exclamó ella.

Yo asentí y fui corriendo hacia la casa de mis tíos, con mi abuela siguiéndome un poco por detrás. Cuando se lo contamos, Laura empezó a saltar y me abrazó, y mis tíos se miraron con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando terminó la celebración, me fui corriendo a ver a Marta.

- ¡Marta! ¡- grité cuando llegué a su casa. Ella salió a la ventana en pijama y con cara de dormida.

- ¿Qué pasa? Me has despertado, me regañó ella enfadada.

- Perdón, le respondí ignorando su tono de voz. Marta, lo he conseguido. ¡Me mudo aquí!

- ¡Yujuuu!, gritó ella al cielo. Espera que bajo.

Cuando salió por la puerta de su casa nos abrazamos muy fuerte, y después Marta les preguntó a sus padres si podía venir a dormir conmigo. Nos fuimos a casa y estuvimos hablando toda la noche de las cosas que haríamos a partir de ese momento. Al día siguiente, mis padres y yo volvimos a la ciudad para despedirme del colegio y para que ellos renunciaran a sus trabajos. Sabía que era duro para ellos y me sentí un poco culpable, pero me dijeron que no pasaba nada. Después, fuimos a nuestra casa, hicimos las maletas, empaquetamos las cosas y volvimos al pueblo. Me dio un poco de pena despedirme de mis amigos de allí, pero, como sabía que iba a estar en contacto con ellos tampoco me fui muy triste. Y, desde ese día, mi familia y yo, vivimos en el pueblo, un precioso, lugar lleno de naturaleza, amistades y, un sitio en el que somos completamente felices. A la ciudad ahora solo vamos una vez al mes para ver una película en el cine y comprar ropa. Y, la verdad, no la necesito para nada más.